



la excursión

PASEABAMOS por la Gran Vía una tarde de verano. El gesto de Susana, como siempre, y sin menoscabo de su arisca belleza, era indescifrable. Un calor de bochorno se abatía sobre el tráfico incesante. El olor a gas-oil, la gente emperifollada vagueando en las terrazas de los cafés, atropellándose en los grandes almacenes, brotando en oleadas del Metro, charlando a gritos y parándose en los escaparates y en las carteleras del cine, me obligaban a desear con fuerza el silencio y la tranquilidad. Empezaron a guñar los anuncios luminosos, y por breves instantes, en la caliginosa atardecida, crearon una especie de cuajo disparatado y melancólico. La vertiginosa sucesión de caras, el ruido y el calor nos aturdirían, y por eso andábamos callados. Toqué a Susana en el brazo y le sonreí. Tenía la piel fresca y era muy hermosa. En el fondo, yo estaba orgulloso de que llamara tanto la atención. Creo que lo dos acontecimientos más importantes de mi vida habían sido la obtención del título (no ejercicio) y el compromiso con Susana. Era muy exigente, apasionada y lista, pero pa-

decía bruscas recaídas en lo que yo denominaba, no sin cierto humor, «odio de la belleza en soltería». Mis padres y yo, y creo que todo el mundo, querían para fecha próxima nuestro matrimonio.

Susana se detuvo un segundo.

—Estoy cansada.

—Oh, perdona que te haya hecho andar tanto. Vamos a sentarnos.

Pedimos martinis. Traté de animar a Susana contándole historietas del hípico y de la piscina y burlándome un poco de la gente. Anocheció.

—Ah, se me olvidaba: el domingo vamos al río Alberche, que, según Santiago, es fenomenal.

Susana se animó, y contento del éxito, pedí otros dos martinis y expliqué el plan.

—Es idea de Santiago. Nos llevaremos la comida y los trajes de baño y pasaremos un día en salvaje, ¿comprendes? El dice que hasta se puede pescar.

—¿Qué ilusión me hace! ¿Quiénes vendrán?

—Nuestros amigos: Luis y Agueda, Clot, Santiago y Alfonso. No, Alfonso no. Es un poco grosero.

—¿Iremos en el coche de Luis?

—Claro. Desde que se lo compró

está el hombre detrás de nosotros para que lo acompañemos.

Susana se puso a charlar. Ella misma prepararía el almuerzo, y llevaría sus pantalones de deportes, y tomaría el sol, y ya lo creo que pescaría cien repugnantes barbos.

—Hemos de ver a Luis el domingo a las nueve, en la plaza de España. ¡Nos comeremos esos peces asados y nos quitaremos del olfato este tufio a gas-oil y a perfumes baratos!

Ella palmoteó.

El domingo acudimos puntuales a la cita. Susana, en pantalones y de blusa suelta, con su pelo cobrizo y su altanería cordial, despertó en mí deseos más profundos que los estrictamente sensuales. Luis ya estaba al volante de su fabuloso descapotable, con Agueda. Seguramente constituían un matrimonio feliz, aunque Luis —genio de negocios y trapicheo— no perteneciera a familia tan exquisita como la de Agueda.

—¡Hola, privilegiados! —nos saludó con su sorna habitual—. Susana, si yo no estuviera ya casado con este

ángel, tendría que romperle la crisma a alguien.

—Mi Agueda, encanto —dijo Susana besándola—. Adoro este viaje.

Charlando sobre variedades alegres, esperamos al resto de los excursionistas. Le saqué a Luis la inveterada botella de «whisky» y fumamos un «ceita», pues los insípidos cigarrillos egipcios ya nos daban asco. El cielo estaba profundamente azul. Un tipo regaba el césped y nos venía el excitante olor de la tierra mojada. Casi nunca había visto a Susana tan vivaracha; el chispeo de sus ojos y el color de sus mejillas prometían algo que seguramente acabaría por erigirse en los únicos valores de mi estúpida vida (a veces, muy pocas veces, yo me convenía de que era un estúpido). Por fin llegó Clot con otra muchacha. Clot era una de esas mujeres que gustan porque han tenido una belleza derrochona y amarga. A la amiga se la notaba una principiante.

—Las nueve y media —dije consultando el reloj—. ¿Partimos?

Por Eduardo TIJERAS

—Creo que falta alguien —apuntó Susana.

—Santiago; pero ya a estas horas no creo que venga.

—Y además —intervino Clot contrariada—, ya conocéis a Santiago, con su independencia feroz.

—¿Y si pasáramos a recogerlo? —sugirió Luis.

Clot miró en su agenda el domicilio de Santiago. Llegamos en un cuarto de hora. Era un barrio extremo y asqueroso. Había un grupo de niños negros y medio desnudos jugando, y entre las casas de adobe crecían los cardos en hostil abundancia.

—¿Aquí vive Santiago? —preguntó Agueda arrugando la nariz.

Susana apretó los labios en un gesto indefinible. Si la demora alteraba su frágil ánimo, yo odiaría siempre a Santiago, el cual, y por lo pronto, ya me estaba pareciendo un impostor. Luis se apeó, salvó la cuneta y llamó a una de las puertas. Nos rodeó la chiquillería. Susana miraba con insistencia la casa, y Agueda encendió su tercer cigarrillo. Clot empujó a un niño que había empezado a manosear. Se abrió la puerta de la casa y apareció una vieja secándose las manos en el delantal.

—La sirvienta, para completar el número, será sorda —opinó con boba ironía Clot—. Perderemos diez minutos más.

Regresó Luis y puso el coche en marcha.

—Que no está, que salió al amanecer, textualmente, «asi como para excursión». Quizá se haya dirigido al Alberche.

—Vaya tontería —dije—, irse solo. Y en uno de esos monstruosos autobuses de línea. Habrá ido a otro sitio. A propósito, Luis: ¿conoces el camino hasta el río?

—Hay una carretera bastante transitabile.

—Entonces no hay motivo de preocupación. Tira.

—¿Y no había nadie en la casa más que la sirvienta? —preguntó Clot.

—Esa mujer era la madre de Santiago, querida.

Nos silenciamos por unos instantes. Apreté la mano de Susana y no me correspondió. Alcanzamos la carretera de Extremadura. Luis se puso a correr con genialidad.

—Calculo una hora de viaje.

—Ve despacio, Luis —ordenó Agueda.

—Desde luego —dijo Clot, haciéndose eco del sentir general—, haya ido o no al Alberche, lo de Santiago ha sido un plantón de rechupete.

—Es un tipo raro —expresé—. Ahora me explicó el misterio de que se rodeaba, ¿verdad, Susana?

Ella asintió con la cabeza y siguió mirando el paisaje. Agueda se interesó en la conversación.

—¿Y quién es ese muchacho? ¿Qué hace?

—Da clases... En realidad sabemos poco de él, salvo que debe de trabajar en una fábrica o algo así.

—A mí me pidió dinero prestado

—dijo Luis—; hace ya unos meses. Pagó.

—Creo que hay que conocer a las personas, a sus familias, antes de darles... ¿cómo se dice? —Clot nos miró buscando las palabras.

—¿Beligerancia? —sugirió Agueda.

—Eso.

Susana no hablaba y parecía ignorarme. Su obstinación en mirar el campo —muy hermoso, por cierto, con sus lomas amarillas y sus viñedos—, me convenció de que aquella frivolidad de Santiago, la charla y demora consiguientes, no habían hecho más que aburriría. El resto del viaje transcurrió casi en silencio.

Luis detuvo el coche junto a un apeadero de ferrocarril.

—Hemos llegado.

Compramos refrescos en la horrida cantina y nos acercamos a ver el río desde el puente.

—Ven, Susana, no te quedes ahí.

Anduvimos en fila india por la estrecha pasarela. El río era de ancha madre y escasa agua, y sus riberas estaban cubiertas de una espesa vegetación. Nos dominó esa sensación especial y jubilosa de pisar por primera vez un paraje. Nuestras palabras tenían fuerza virgen y se referían al apetito, al fresco aire, a la sensacional que era todo. Dejamos pasar a un pescador, y Luis le preguntó:

—¿Qué profundidad tiene el río ahí, a la derecha?

El pescador saludó y continuó andando. Cuando quisimos preguntar qué clase de hombre era la víctima, si fue identificada, el hombre de la caña ya había desaparecido. En nuestro ánimo, un tanto embriagado por la velocidad y el nuevo ambiente, se aposentó una vaga sospecha, un mal estar incierto y corrosivo. Habló Luis:

—Siempre hay tiempo de enterarse... Podemos preguntar a cualquiera.

Nos miramos indecisos. Sonó a lo lejos el pito del tren y tuvimos que abandonar la estrecha pasarela. En la cantina, con desconcierto y repugnancia, tomamos una ronda de vermouth. El tren dejó a varios grupos de excursionistas, que, entre canciones y risas se dirigieron al río. Nos sentimos también atraídos, y provistos de las bolsas de comida y los aparejos de pesca, empezamos a buscar el sitio más agradable, bordeando una linde de cerezos maduros. El río espejaba a trechos, según disminuía la profusa vegetación de sauces, álamos, juncos y un centenar de plantas más desconocidas por nosotros. Los excursionistas habían desaparecido y nos movíamos en silencio, oyendo a los pájaros y el quebrar de la hojarasca. A veces sonaban risas entre los árboles, pero no veíamos a nadie. Yo sabía que en aquel momento había por lo menos diez muchachas desnudándose bajo los álamos. Luis se detuvo y nos ofreció vino. A la amiga de Clot se le encendieron las mejillas y miraba sofocada al río respirando con fuerza. Luis se detenía a menudo. Aquella especie de redescubrimiento de la Naturaleza, el olor de los árboles, la humedad del río, nos tocaba un resorte olvidado. Susana, delante, ajena a nuestros diálogos, parecía huir. Hablamos desechado la breve interperancia del principio. Mas Susana, con su cuerpo repentinamente materializado dentro del estrecho pantalón, su cabeza al sol y su expresión reconcentrada, me provocaba un urgente deseo de dominación y ternura. La vida se nos ofrecía como el don maravilloso que sueñan los idealistas. El río murmuraba —por decirlo así— su caliente mensaje de amor. Sentí por Susana algo inexplicable.

—Alto —dijo Luis—. ¿Qué os parece esa lengua de arena para montar el cuartel general?

La propuesta fue acogida con gritos de aprobación. Un sauce pródigo se retorció sobre el fresco seno arenoso. Las damas extendieron el mantel de plástico y yo colgué el transistor de una rama.

—Vamos a servirnos un refrigerio.

Empezamos a comer sin freno, casi como obreros. Del sauce se licuaban gotas de rocío, y la melodía de «jazz» era acompañada por el sordo croar de un sapo. Por fin comprendí la frase de un poeta, grabada desde la niñez en el pozo de la me-

moria: «El sordo croar de un sapo nos traía su angustia solar y acuática.» Siempre había pensado que aquello era una estupidez. La humedad de la arena ascendía hasta la cabeza para mezclarse allí con la «angustia solar y acuática». El viento movió majestuosamente las altas copas de los árboles.

—¿Y Susana? ¿Dónde está? —pregunté sobresaltado.

—Entre los árboles —dijo Agueda con voz de sueño—. Déjala tranquila. Cada uno tiene su manera especial de divertirse.

Por una vez me rebelé contra el tiránico comportamiento de Susana, no desdeñando la hipótesis de que se estuviera desnudando para tomar un baño. Fui a buscarla entre enfadado y lascivo. La encontré sentada y arrancando la hierba en un gesto mecánico.

—¿Qué te pasa, nena?

Su estado de nervios, su mirada implorante, me conmovieron. Jamás la había visto así. Yo tenía verdadera intención de ayudarla, pero no pude permanecer ajeno casi al clamor erótico que se desprendía del cañaveral mojado, de los juncos y de los malditos sapos. Intenté besarla. Y ella me rechazó con violencia.

—¡Las aguas! ¡Nos invaden las aguas! —gritó Clot.

—¡No tiene importancia! —tranquilizó Luis con la boca llena y fumando—. Habrán abierto el embalse.

—En ese caso nos da tiempo de quitar las cosas e instalarnos en otro sitio.

—Ahora se llenará el cauce natural del río y estará bonito. Vamos.

El traslado fue laborioso y divertido. Las aguas fluían lentas, cristalinas, cegando bancos de arena y trayéndonos su perfume de infancia. Rodeamos la isleta y montamos la especie de campamento en un sitio seguro. Sin duda, estábamos pasando un día maravilloso. Susana... Di con una bella melodía de Anka. Ya se apetecía otra vez el «whisky». El sol cabrilleaba en las aguas ligeras. Encendí un cigarrillo y trabé una vagueante conversación. Entonces fue cuando Susana —que estaba enfrente de mí— se llevó la mano a la garganta al tiempo que profería una exclamación y clavaba los ojos en el río. Todos miramos con angustia.

En la orilla opuesta, con la gorra sobre los ojos, sentado y apoyando la espalda contra un árbol, estaba Santiago, pescando con insultante tranquilidad. Como movidos por un resorte, clavamos otra vez la mirada en Susana. Nadie dijo una palabra. Pero Susana reía y lloraba a la par. Los demás nos quitamos un peso de encima al ver indemne a Santiago, pero lo de ella era distinto y era también una revelación dolorosa.

—¿No veis? Es Santiago, es Santiago... —decía Susana con voz odiosamente cálida.

(Ilustraciones de Juan Luis Montero)



—Mucha profundidad, y además es un sitio peligroso. Se trata de una filtración de agua. Todo eso está lleno de ramajes traidores.

—¿Podremos bañarnos?

—El sitio hay que conocerlo muy bien. Precisamente esta mañana se ha ahogado un hombre. Un hombre joven y fuerte. Es mejor que se bañen ustedes más arriba.